

SU CUERPO HA FLORECIDO

KATHRYN HARLAN

Traducción de Judit del Río



ÍNDICE

Proliferación de algas	11
Dar caza al Rey Víbora	29
Intercambio	47
Llévate solo lo que te pertenezca	77
Violinista, pareja de locos	103
¿Eres tú?	135
Su cuerpo ha florecido	157
Especies en peligro	201

Para Kit.
Sin ti, este libro no habría sido posible.
Ni yo sería la persona que lo escribió.

PROLIFERACIÓN DE ALGAS

Aquel verano, Vienna subió corriendo por el camino que llevaba a nuestra cabaña y lo primero que me dijo fue:

—El agua está envenenada.

Cuando contesté *¿Qué?* dio unos pasos hacia atrás y me inspeccionó de arriba a abajo en lugar de contestarme. Me hizo una evaluación en toda regla.

—Estás algo más alta —observó.

Ella estaba mucho más alta. El año que había pasado desde la última vez que nos vimos la había espigado hasta dejarla esbelta como el tallo del maíz. Se había cortado el pelo hacía poco y se lo había recogido hacia atrás, en una rubia coleta corta que parecía un pincel. La diferencia entre los doce y los trece se había aposentado en ella con una gravedad que, iluminada por el sol, me puso nerviosa. O al menos eso recuerdo. El cuerpo de Vienna era esbelto, como el de las corredoras, como uno que yo jamás podría tener.

—¿Qué pasa con el agua?

—Hay una proliferación de algas en el lago —se inclinó para quitarse una zarza del calcetín— y mi abuelo dice que son venenosas. Así que —tiró una espina al suelo— no podemos ir a nadar.

—Te he echado de menos —dije, y luego me preocupé al pensar que quizá ella no me había echado de menos a mí—. ¿Has ido a verlo? ¿El lago?

Asintió mientras se erguía y vi que ya había larvado en su interior el interés incansable por lo prohibido.

—Sí. Es realmente bonito.

Me quedaban unos meses para cumplir trece años, y Vienna era mi mejor amiga de una forma muy concreta. Nuestras familias tenían cabañas vecinas en la montaña, ambas nos beneficiábamos de la generosidad de nuestros abuelos y dejábamos atrás nuestras vidas normales durante unas cuantas semanas al año. Pasábamos los veranos en el condado de Sierra, peinando de un lado a otro las laderas boscosas, molestando a las arañas que vivían bajo los postigos y quemando ovillos de nuestro propio pelo

en fogatas. Yo vivía sin civilizar, o, al menos, tanto como puede una vivir sin civilizar teniendo un salón caliente al que volver. Dejaba que el pelo se me enredara sobre los hombros, evitaba ducharme hasta que mi abuela me decía *Julie, apestas* y me empujaba en dirección al baño dándome palmaditas en el culo como si fuera un perrito consentido. Nadaba en el lago con la ropa sucia y me echaba sobre el granito para secarme, sudando, despegándome los líquenes de la piel con las uñas. Por aquel entonces, mi cuerpo aún era salvaje. Aún pensaba en él como algo que existía para hacer lo que yo quisiera, algo que me pertenecía exclusivamente a mí.

El resto del año había otras personas, otras preocupaciones, otras versiones de mí misma. En el instituto, mi mejor amiga era una niña tiránica de glorioso nombre vikingo: Ingrid. Yo andaba ocupada con las clases de biología y con un negocio de construcción de casetas para pájaros que quería montar. Había decidido que ya era hora de que me interesaran los chicos. Cuando volvía a esa vida, el tiempo que había pasado en Sierra se desvanecía, y Vienna con él. Pero volvía a estar allí el verano siguiente... y también volvía la parte de mí que la amaba.



Esa noche mi abuela nos sentó para advertirnos sobre el lago. Habíamos estado vagueando en las escaleras del porche, viendo cómo el sol se escondía tras las copas de los árboles y enrollando telas de araña en palitos de madera. Vienna intentaba enseñarme una canción. Una de esas canciones burlonas sobre sexo o violencia desproporcionada que eran eterna e inevitablemente populares entre el alumnado de secundaria. Ahora no recuerdo qué decía, pero recuerdo la obscenidad y cuán orgullosa de sí misma parecía Vienna. Me contó que, en su cabaña, su tía le había regañado por cantarla porque su prima Abigail era una acusica. Bajó la voz cuando mi abuela nos llamó a cenar pero siguió tarareándola, murmurando todas esas guarradas entre dientes.

Durante la cena, mi abuela cruzó sus suaves manos y nos dijo que no nos acercáramos al lago bajo ningún concepto. Nos incluyó sabiamente a ambas en la prohibición, porque lo que me concernía a mí también era extensible a Vienna; si no, la hubiera desoído y me hubiera defendido diciendo que no había desobedecido de verdad porque Vienna sí podía hacerlo. La explicación

que añadió mi abuelo no nos satisfizo: solo nos dijo que era un año cálido y que las algas habían crecido de más y que era peligroso. ¿Qué es lo que era peligroso? Queríamos saberlo. ¿No estaba siempre el lago lleno de algas? Ni que nos fuéramos a beber el agua. Echando la vista atrás, no estoy segura de que mi abuela lo entendiera tampoco.

—No es normal que esto ocurra a esta altitud —dijo mi abuelo, detenido en mitad del proceso de acabarse la sopa mientras mi abuela enrollaba un rizo teñido de rojo alrededor de su dedo y repetía:

—¿Me estáis escuchando, niñas? ¿Me oís? El agua podría hacer que os pusierais muy enfermas.

¿Cómo no íbamos a estar fascinadas?

—Yo puedo hacer lo que quiera —me dijo Vienna la tarde siguiente. Estábamos riendo, tendidas en la superficie caliente del bloque de granito—. En serio: me voy a la cama cuando quiero, como lo que quiero. He ido a la orilla del lago esta mañana y he robado un cigarrillo. —Me lo enseñó, bamboleándolo entre el pulgar y el índice.

—¿Te lo vas a fumar? —Estaba realmente impresionada.

Vienna arrastró el labio inferior por la fila de dientes.

—Podría, si quisiera.

Los abuelos de Vienna no eran muy dados a involucrarse en sus cosas. Los padres no estaban allí en verano, solo escuchaba sus voces en llamadas de teléfono esporádicas. Yo echaba de menos a los míos, pero no pensaba demasiado en ello. Mi estado de relativa anarquía en aquel lugar era una anomalía para mí, unas vacaciones de mi vida normalmente supervisada.

Quizá para Vienna fuera igual. No lo sé, porque nunca se me ocurrió preguntarle.

Aquel sería el último verano que iría allí sin mis padres, antes de que entretener a una adolescente se hiciera demasiada carga para mis abuelos. En años sucesivos, solo viajaríamos en fines de semana, así que le perdí la pista a Vienna. Cuando vi las fotos de su graduación del instituto, aluciné. Tenía el pelo largo y brillante, las líneas rectas de su cuerpo se habían suavizado, había una nueva solemnidad y mayor atractivo en su expresión: todo ello me pilló por sorpresa. Como si ella hubiera debido quedarse en los trece mientras yo crecía.

Los días siguientes a la advertencia, mi abuela hizo un gran esfuerzo para mantenernos alejadas del lago, pero era demasiada

responsabilidad para ella. La altitud afectaba mucho a mi abuelo, que pasaba casi todo el tiempo durmiendo, roncando suavemente en uno de los sillones, a veces con un tanque verde de oxígeno a los pies y un respirador que le cubría la nariz y la boca. Me detenía a observar cómo se le hinchaba y deshinchaba el pecho, cómo las exhalaciones empañaban aquella máscara. Luego inspiraba tan rápido como podía y mantenía el aire en los pulmones, intentando notar la diferencia entre este aire y el otro, ver si era menos respirable.

Mi abuela, en cambio, estaba aún llena de vida y, quisquillosa como era, se sentía como en casa en los muelles y en los porches traseros. Nos pastoreaba hacia los campamentos y las barbacoas, nos llevaba en coche a aquellos lagos donde era seguro nadar, nos enseñaba a hacer pasteles y nos indicaba cuáles eran las rutas de montaña más sencillas de transitar.

Cuando pienso en aquel verano me compadezco de ella. Me veo intentando retorcer estos momentos lo suficiente para poder verlos a través de los ojos de mi abuela. Cansada después del largo trayecto hasta la cabaña, observando a esas dos chicas derrumbarse en las sillas del comedor —de las que acababa de sacudir el polvo de cadáveres de insectos acumulados durante el invierno— y sabiendo que estaban en peligro, pero sin saber qué clase de peligro era aquel exactamente, ni de cómo advertirnos de él. Sabiendo que, de todas formas, no le haríamos caso.



El sábado fuimos a navegar a uno de los lagos de arriba. Vienna y yo, nuestros abuelos y abuelas, la tía de Vienna, Chelsea y su prima Abigail. Aquella mañana yo estaba en el aparcamiento del sitio de alquiler de barcas y Vienna vino, arrugó la nariz y me dijo:

—*Abby* tiene pesadillas. *Abby* cree que una serpiente de cascabel va a entrar por la ventana y se la va a comer. Hoy duermo en tu cama.

—Vale —contesté.

Alquilamos una barcaza y nos llevamos una neverita con refrescos, cervezas y sándwiches que habían hecho las abuelas. La popa del barco era plana, como una plataforma algo elevada sobre los asientos, que estaban en la proa, y Vienna colonizó la zona para que nosotras tomáramos el sol. Se quitó la camisa, tumbándose en pantalones cortos y bañador, con el paisaje de su

espalda centelleando como la luz en el agua. No éramos lo suficientemente mayores como para que nos preocupara estar bronceadas, pero sí lo suficientemente mayores para fingir que lo estábamos. La cubierta del barco me hacía cosquillas en la tripa.

—¿Te has echado crema solar? —me preguntó mi abuelo, y asentí aunque fuera mentira.

Vienna bostezó y rodó sobre sí misma para ponerse bocarriba. Su bañador, como el mío, era ya viejo, magenta y de una sola pieza; había empezado a clarear por el centro y a apretarle demasiado en el pecho y el trasero, amenazando con bajarse. Podía ver la parte de arriba de sus senos pálidos por el rabillo del ojo. Me giré contra la esterilla para no mirar.

—Te va a dar cáncer de piel —dijo Abigail.

Abigail tenía once años, pero era tan ceniza y tan pequeña que las dos sentíamos que era más joven. Cuando andaba por ahí, la dejábamos de lado con la devoción de las hermanas mayores, pero sin un ápice del afecto.

—Pues vale —dijo Vienna, arrastrando las palabras, y le sacó la lengua.

Abigail empezó a contestar, pero se detuvo para toser tapándose con el codo. Todas las que estábamos en el barco nos volvimos a mirarla. Abigail ya estuvo tosiendo así el año pasado, con ese sonido seco que parecía salir del centro de su cuerpo. Por lo que tenía entendido, nadie sabía qué le causaba la tos o cómo hacer que cesase. No tenía ningún otro síntoma de enfermedad.

—Ay, pobrecita —dijo mi abuela—. ¿Aún estás así?

Abigail sonrió, disfrutando de la atención.

—No me duele ni nada.

—Tiene que hacerse más pruebas de la alergia el mes que viene —dijo Chelsea, deslizando la mano sobre el hombro de su hija—. La doctora no sabe qué es.

Sentada sobre las palmas de sus manos, Abigail giró su rostro hacia el sol.

Vienna metió la mano en la nevera y fingió beber de una lata cerrada de cerveza, riéndose cuando su tía la fulminó con la mirada. La conversación se fue por las ramas.

—Dicen que es el cambio climático, ¿sabes? —dijo Chelsea.

Chelsea parecía demasiado joven para ser la tía de nadie. Era por el pelo, por lo largo y sano que lo tenía. En ese momento, se lo echaba hacia atrás y dejaba su mejilla al descubierto, iluminada por el sol junto a sus bonitos hombros.